

Y en la hierba mi cuerpo reclinaba.
 Cuando del centro espeso
 Veo venir á Vénus, rodeada
 De infinitos Cupidos retozones;
 Cual con vuelo travieso
 Su crencha agita al viento encomendada;
 Cual va tirando en derredor arpones;
 Cual prepara prisiones
 De lirio, rosa y arrayan florido;
 Cual corre persiguiendo divertido
 Las siempre revolantes mariposas,
 Y cual con oficiosas
 Manos el carro de coral marino
 Dirige por el aire cristalino;
 Al arrullo lascivo
 De las blancas palomas que conducen
 A la madre inmortal de la hermosura,
 En mi pecho percibo
 Mil ansias que sus ecos me producen,
 Llenando mis sentidos de amargura.
 Entónces, con dulzura
 Asiéndome la mano Citera,
 Con ósculos suaves me recrea
 Y me afirma que viene solamente
 Para que experimente
 Hasta dónde su amor llega conmigo,
 Y «ven, me dice, ven»; callo y la sigo.
 Penetro la espesura,
 Y un nuevo encanto ofrécame el sentido
 En una hermosa gruta, fabricada
 Con tan extraña hechura,
 Que no la iguala aquella donde Dido
 Vió su fe conyugal rota y manchada,
 Ni la tan celebrada
 De la diosa Calipso, pues excede
 A cuanto el labio humano decir puede.
 Hierbas, flores, maderas olorosas,
 Y todas cuantas cosas
 Tiene natura de más precio, estaban
 En la gruta, y sin orden se mezclaban.
 De esto mismo nacia
 Una cierta belleza inimitable,
 Que la vista y agrado variaba;
 El sol no se atrevia
 A introducir sus luces, ni era dable;
 Que una suave oscuridad reinaba.
 Atento lo miraba,
 Cuando advierto salir del hondo de ella
 Mi dulce lumbre, mi radiante estrella,
 Dando á las flores y á las plantas vida,
 No tan bien recibida.
 Es la aurora tras noche tenebrosa
 Como de mílo fué mi Lesbía hermosa.
 Con los brazos la hubiera
 Mostrado mi placer; pero mi anhelo
 Contuve por respeto de la diosa.
 Al fin, de esta manera
 Mi afan la dije, libre de recelo:
 «Mármol de Paros, purpurada rosa,
 Esencia deliciosa,
 Aljófar nacarado, rubí ardiente,
 Cercos preciosos de ébano luciente,
 Rayes vibrantes, gracia seductora,
 Mi vida, mi señora,
 Solamente se llena mi deseo
 Cuando á mi lado y con amor os veo.»
 La vista vergonzosa
 Alzó, miróme; mas la voz turbada
 No la dejó expresar su sentimiento:
 Conociólo la diosa,
 Y á la gruta llevónos preparada
 Para acabar allí nuestro tormento.
 Al punto por el viento
 Los Cupidos cruzaron revolando,
 Hacia la estancia del placer guiando.
 Abriéronse de par en par las puertas,
 De flores mil cubiertas,
 Y, en su recinto penetrando ufano,
 Conduje á Lesbía asida de la mano.
 Las Gracias, desceñidas
 Y de oscuras violas coronadas,
 Estaban afanosas trabajando,

Con almohadas mullidas,
 Finos encajes, telas delicadas
 Un tálamo nupcial aderezando;
 Y cual rocío blando,
 Encima derramaban con aseó
 El sudor de Pancaya, y el sabeo,
 Y del Hibla las flores olorosas.
 Quedaron silenciosas,
 Esperando los dulces desposados,
 Y de su afan nosotros admirados.
 Cuando acercarse veo
 Con pié ligero un jóven agraciado,
 Cual nunca presentóseme á la mente,
 El alado Himeneo,
 Con el rubio cabello destrenzado,
 Y en la mano una antorcha reluciente
 Ardiendo dulcemente;
 Y cuando en derredor la sacudia,
 Tal fragancia en la gruta se esparcia,
 Que el sentido en amor se embriagaba.
 Lesbía lo contemplaba
 Con alma absorta, pecho palpitante
 Y cubierto de rosas su semblante.
 El mancebo gracioso
 Las manos nos unió. «Basta, nos dijo;
 Respiren vuestros tiernos corazones;
 Porque un fin delicioso
 Con mis coyundas al afan, prefijo,
 Que os causan las amantes sensaciones.
 —Echad los eslabones,
 Cupidos, y cerrad las recias puertas,
 No para el vulgo vil queden abiertas,
 Que ve mis santos ritos con sonrisa;
 Y caminad aprisa
 A detener á Febo; que no es justo
 Nos venga á interrumpir su ceño adusto.
 Salieron los Cupidos,
 Y revolviendo el eje poderoso,
 Las puertas al cerrarse resonaron,
 Mis miembros, sacudidos
 Con el golpe, perdieron el reposo,
 Y mis cansados ojos despertaron;
 El lecho rodearon,
 Y ya nada encontré de cuanto habia.
 Así suele mi ardiente fantasia
 Presentarme los gustos con enaño,
 Y cual ligero sueño
 Huirse de mi vista acelerados.
 ¡Ay gustos, para mí siempre soñados!

EL FESTIN DE ALEJANDRO, Ó EL PODER DE LA MÚSICA.

Traducción libre de la oda que al mismo asunto compuso en inglés
 Mr. Dryden.

En el festin real á la conquista
 De Persia por el hijo esclarecido
 Del macedon Filipo, colocado
 En su solio imperial y trono erguido,
 El héroe estaba con risueña vista,
 De orgullo, pompa y majestad cercado;
 En torno rodeado
 De sus magnates inclitos guerreros,
 Orlando rosas y arrayan sus frentes,
 Premio bien merecido á los valientes
 Que esgrimieron constantes sus aceros
 En los ataques fieros.
 La amable Tháís ocupó el asiento
 Inmediato al monarca, como esposa
 Rozagante oriental, pues relucía
 Cual sol brillante en la mitad del día
 Ó flor temprana en la estacion graciosa,
 Y la recibe el vencedor contento;
 Que sólo, solamente al belicoso
 Gozar es dado de un objeto hermoso.
 Timoteo, descollando
 Sobre el armonioso coro
 Y tomando el plectro de oro,
 La lira empieza á tañer;
 Va los puntos afinando,
 Sube el tono al firmamento,

Inspirando con su acento
 Un dulcísimo placer.
 Empieza el canto por el gran Tonante,
 Que el alcázar supremo abandonando,
 Donde ejerce su imperio eternamente,
 En pos camina de un sonrisa blando.
 ¡Tal es la fuerza del amor, que amante
 Se olvida Jove de su ser potente
 Y su forma desmiente!
 Pues en dragon brillante convertido,
 Baja volando de la sacra esfera
 Y de la hermosa Olimpia se apodera,
 Cual fiero gavilan de implume nido;
 Y en el aire subido,
 De orbe en orbe se eleva, se sublima,
 Taladrando, cual rayo el firmamento,
 Y en el último cielo se reposa;
 Allí la estrecha, como á tierna esposa,
 Con gozo celestial, dulce contento,
 Hasta que logra con vigor se imprima
 Su imágen en su seno, y que fecundo
 En sí alimento al vencedor del mundo.
 El concurso absorto admira
 Lo sublime del sonido,
 Y con trasportado oído
 Está el Rey sin respirar.
 Los techos mira y remira,
 Y la frente sacudiendo,
 Dios se cree, que está haciendo
 Los firmes cielos temblar.
 Entónces con más dulce melodía
 De Baco canta el músico la gloria;
 De Baco, siempre jóven, siempre hermoso
 El dios va celebrando su victoria
 En medio de una alegre compañía
 Que vencedor lo aclama y poderoso;
 Resuena el horroroso
 Eco del parche, y el feroz sonido
 De la bélica trompa rompe el viento;
 Marcha, marcha jovial, marcha contento
 Y con rostro cual púrpura encendido,
 Pero siempre florido.
 A sus huésteres ordena eterno gozo:
 El turbio grano del racimo exprime,
 Y en anchas tazas su licor presenta;
 La turba bebe con ardor contenta,
 Con este néctar el pesar oprime
 Y en sus ojos resalta el alborozo;
 Bien dulce, placer grato, alegre gusto
 Es al héroe beber pasado el susto.
 Con el són lisonjeado,
 El monarca se envanece,
 Y presente le parece
 De la guerra el fiero horror.
 Y tres veces denodado,
 Á todos á tierra abate,
 Y tres veces el combate
 Lo renueva con furor.
 El sonoro maestro ve pintada
 En sus rodantes ojos la locura,
 Y encendida su faz cual brasa ardiente;
 Muda la mano, y contener procura
 Su arrogancia feroz, desenfrenada,
 Que á la tierra y los cielos hace frente;
 Su musa, ya doliente,
 Con tristes tonos, con acento blando,
 Piedad infunde en su ardoroso seno.
 Canta á Dario poderoso y bueno,
 Del alto trono súbito rodando,
 Cayendo, revolcando
 Sus miembros en la sangre que ha vertido;
 En su mayor conflicto abandonado
 De aquellos que sus gracias obtuvieron;
 Todos, cual humo, de su vista huyeron,
 Y desnudo en la arena lo han dejado;
 Al fin espira pobre, desvalido,
 Sin un amigo que sus ojos cierre,
 Ni quien bajo la tierra el cuerpo encierre.
 El vencedor, abatida
 La vista y el pensamiento,
 Considera que en su asiento
 En el mundo nada está.

En el pecho triste anida
 Con violencia la congoja;
 Ya un ¡ay! y otro al aire arroja;
 Lágrimas derrama ya.
 Se sonrie el maestro poderoso
 Al mirar al amor tan inmediato,
 Y que para excitarle ya no resta
 Sino un sonido semejante y grato,
 Pues la piedad al pecho más furioso
 Halaga, ablanda y para amar lo apresta;
 Mueve su mano diestra,
 Y el ánimo exaltado dulcemente
 Con las medidas lidias acaricia;
 Infunde en su interior blanda delicia
 Y le despeja la arrugada frente,
 Cantando así elocuente:
 «La guerra es sólo horror, rabia, agonía,
 Y el honor vana pompa y humo denso;
 Siempre emprendiendo, nunca terminando,
 Lidiando siempre, siempre aniquilando.
 Si es el ganar un mundo bien inmenso,
 Es bien inmenso darse á la alegría:
 Mira á tu Tháís, mírala á tu lado;
 Goza esta dicha; el cielo te la ha dado.»
 No puede ocultar su pena;
 Su vista fija en la hermosa,
 Gime, mira y no reposa;
 Mira y gime con ardor.
 El vino al fin lo enajena,
 El amor lo determina,
 Y en su pecho se reclina
 El vencido vencedor.
 Hiere la lira cada vez más fuerte,
 El sueño con su impulso deshaciendo,
 Como tronante horrisono estampido
 Suena en su corazón el rudo estruendo;
 Creyendo despertar para la muerte,
 Gira en torno los ojos atardido;
 Timoteo encendido
 Grita: «Venganza, sí, venganza; mira,
 Mira las Furias sierpes agitando,
 Con cuello erguido, con furor silbando;
 Su vista rutilante, y cual respira
 El pecho un volcan de ira,
 Con antorchas en una y otra mano.
 Almas de griegos son, que en el combate
 Murieron, y quedaron insepultos
 Y sujetos á bárbaros insultos.
 Venga tus huésteres, al contrario abate.
 Cual sacuden, observa, el fuego insano;
 Cual las persas moradas te señalan
 Y los templos que en mole al cielo igualan.
 Todos con gozo ferino
 Aplauden; el Rey se altera,
 De una antorcha se apodera,
 Se quiere al punto vengar.
 Tháís le enseña el camino,
 Su patria á muerte condena,
 Y emprende, segunda Helena,
 Segunda Troya abrasar.

ODAS.

VÉNUS JUNTO Á AMIRA DORMIDA.

Cuando de Amira se apodera el sueño,
 Detiene Febo sus ardientes rayos,
 Y los encubre con espesas nubes
 Muy presuroso;
 El ave calla con silencio sumo;
 El río para su corriente rauda,
 Y hasta los aires orear no quieren
 Las verdes hojas.
 El fresco prado, derramando aromas
 Y flores tiernas de colores varios,
 Que forman visos y labores raras,
 Mudo parece.

Los corderillos, en la grama echados,
Junto á sus madres, con las frentes bajas,
Apénas quieren menearse un punto
Por no estorbarla.

La diosa Vénus, olvidando á Páfos,
A sus vergeles y famosos templos,
En pos de aquella que la adora tanto,
Veloz camina.

Mil Cupidillos de graciosas caras,
Tirando flechas por el aire vago,
Con saltos, juegos y donosas danzas
Cércanla alegres.

Ella va en medio cual cipres erguido,
Que al cielo eleva su crecida copa
Sobre las salvias, los delgados mimbres
Y las retamas.

No con vestidos de la grana tibia,
No con las perlas que el Oriente cria,
No con el oro de la Nueva-España
Se acerca Vénus;

Antes se acerca de la suerte cuando
Bajó corriendo presurosa y triste,
Porque á su Adónis con sangrienta saña
Se lo mataban.

Y, desplegando sus celestes gracias,
Con dulce risa, con que al mundo alegra,
Sentado al lado de mi dulce Amira,
Guarda su sueño;

Y á sus hijuelos, que la están mirando
Casi abobados de mirar su extremo,
Y del cuidado que en la ninfa pone,
Así les dice:

«Miradla atentos, Cupidillos míos,
Que vuestras flechas para herir no sirven,
Después que el cielo demostró á la tierra
Esta belleza.

Ella es la sola que á los hombres rinde;
Pues ella sola, sin mentido adorno,
Sin artificio ni cantelas falsas,
Rindió á Feniso.

Rindió á Feniso, que con frente erguida
Menospreciaba mi poder supremo;
Y este servicio con amor tan grande
Me hace quererla.»

EL CORDERO PERDIDO.

Decid, pastores, respondedme presto,
Así los cielos abundantes crías,
Selvas umbrías y delgadas aguas
Os den en pago,

¿Visteis acaso por el verde prado,
O entre las matas escondido, ó muerto
(Que ando, por cierto, detrás de él cansado),
Mi corderillo?

Yo le criaba con cuidado sumo,
Con hierbas tiernas y con pan sabroso,
Para que hermoso, regalado y grueso
Se mantuviera;

Porque pensaba por ofrenda darlo
En aquel día que nació mi Amira,
La que suspira por tenerle, y quiero
No disgustarla.

Ella ya tiene prevenidas cintas
Finas, hermosas y de mil colores,
Y con primores por sus dedos hechos
Graciosos lazos;

Porque en los lomos, en la frente y cola,
Pienso ponerlos por adorno y gada,
A ver si iguala su belleza suma
Otro ninguno.

Pensais acaso que mintiendo vengo,
Tratando engaños; no por cierto, amigos,
Pues por testigos que me abonen traigo
Estas sus señas:

Tiene su lana cual la pura leche
Que sale hirviendo de la hinchada teta
Cuando la aprieta el zagalejo y cae
Dentro del cuenco.

El cuerpo es chico, bien formado y limpio;
Frente redonda con los ojos vivos,

Y tan activos, que parece arrojan
Ardientes chispas.

Las manos cortas, extendida cola,
Y un lunar negro, que parece estrella,
Su boca sella, y en su frente hermosa
Otro lo mismo.

Y es tan mansito, que agarrar se deja
De todo el mundo que le halaga y toca
El cuerpo y boca, sin moverse en tanto
Que le acarician.

Y si es acaso que le habeis vosotros,
Soltadle al punto, que vendrá corriendo
En conociendo que con voz amante
Su amo le llama.

A DON FRANCISCO JAVIER VENÉGAS DE SAAVEDRA.

Venégas, ¿de qué sirve con afanes
Seguir á Marte fiero,

Ver ondear al céfiro ligero,
Del monarca español los tafetanes,
Relumbrar los fusiles,
Y arder los campeones como Aquiles?

¿La juventud, que el cielo, siempre justo,
Adornó de mil dones,
Ha de ser desgastada entre legiones,
Y mirando al Furor con rostro adusto

Cuando se ensorberce,
Y á sus gritos la tierra se estremece?
¿El rumor del combate denodado,
El cañon horroroso,

El brido de la Bética fogoso
Que relincha, la rabia del soldado,
Y las duras espadas
Han de ocupar su mente y sus miradas?

¿Por un aplauso vano, ó por la fama,
Cosas todas de viento,
Hemos de abandonar aquel contento
Y aquellos dulces gustos que derrama
Sobre nuestras cabezas

La diosa tutelar de las bellezas?
No, Venégas: mi Amira y tu Belisa,
Con semblante halagüeño,
Nos convidan á huir tan fiero ceño

Y á buscar con ardor su dulce risa;
Que en sus labios hermosos
Hallaremos combates más graciosos.

Á CUPIDO.

Si es tu patria, Cupido,
El Olimpo, si es Júpiter tu padre,
Si es Citeres tu madre,

Si eres dios y de dioses asistido,
El delicado néctar y ambrosia
Son tu bebida y pasto cada día,
¿Por qué siempre en el suelo

Habitas con nosotros, olvidado
De quien el sér te ha dado,
De tu alto padre y del supremo cielo?
¿Por qué con nuestras lágrimas y muerte
Se mitiga tu sed y tu hambre fuerte?

Crúel, yo considero
Que el Averno es tu patria verdadera;
Que tu madre es Megera,
Tu padre el Orco, y que el volcan más fiero
De continuo te sirve de alimento,
Pues tú nunca nos das más que tormento.

Á UN PAJARILLO.

¿De dónde vienes, pajarillo mio,
Juntas las alas y latiendo el pecho?
¿Te abrasa fuego? ¿Te lastima frío?
Di, ¿qué te han hecho?

¿Tu nido acaso destrozado y yermo,
Huyes temblando del halcón furioso?
¿Estás herido, maltratado, enfermo,

O estás celoso?
¿Bajas los ojos, y al hermoso cielo
Los subes luego con gemidos roncós?
¿Vas revolando por el seco suelo
Y rotos troncos?

¿Paras y vuelves con presteza suma
A dar al viento las tendidas alas?
¿Tu pecho rompes y nevada pluma,
Y llanto exhalas?

¿Qué tienes? Dilo; que me aflige el verte,—
Ardo de amores.—¿Pobre pajarillo!
Ni á ti te libra del amor la suerte
Por ser sencillo.

Á UN AMIGO DESGRACIADO.

No siempre aterra al tímido ganado
El trueno resonante,
Ni divide los aires inflamado
El rayo del Tonante,

Ni el invierno con lluvias continuadas
Las tiernas flores deja marchitadas;
Que después de pasada la tormenta
Seránanse los cielos;

Su dulce amenidad nos representa
Soberanos consuelos;
En pos viene la dulce primavera,
Y reflorece el monte y la pradera.

De la fortuna te hallas perseguido
Con mano despiadada,
Y aunque infortunios siempre te han seguido,
Ellos harán parada;

Tiempo vendrá en que el gusto les suceda,
Porque es voluble el eje de su rueda.
Como al mostrarse la rosada aurora
Se descubre al Oriente

Su hermosura, que todo lo colora
De una luz esplendente,
Huyendo de sus rayos celestiales
La sombra que amedrenta á los mortales;

Así de lejos desterrar yo veo
El contento á tus penas;
Y Amaltea, cumpliendo con su empleo,
Estar á manos llenas

Sobre tí con semblante y gesto blando,
Su rica cornucopia derramando.
Alza al punto, Miguel, la triste frente,
Que tienes inclinada

Sobre tu pecho misero doliente,
Y ve la deseada
Dicha que te prepara el justo cielo,
Y cuál huye el pesar con raudo vuelo.

Á DON JUAN ANTONIO CABALLERO.

Corilo amado, cuando con dulzura
Celebras á Filena,
O mitigar intentas la amargura
De mi terrible pena,

Refrena el fiero mar su movimiento,
El río su corriente,
Su crecido furor el ronco viento,
Y sus aguas la fuente;

El árbol á tu música se inclina,
La flor se eleva y crece,
Calla el jilguero, el ruiseñor no trina,
Y el pardillo enmudece;

Abandona la hierba el corderillo,
La cabra la retama,
Las abejas no liban el tomillo,
Y el becerro no brama;

Dejan á sus zagalás los pastores,
Sus cantares no entonan,
Que al esnecharte, todos sus amores
Y gustos abandonan.

Salen las ninfas de su estancia fría,
Y en el prado triscando,
Con gran destreza danzan á porfía,
Tu primor celebrando;

Apolo del Parnaso, presuroso,

Baja al oír tu acento,
Y las Musas le cercan con gracioso
Ademan y contento;
Una templá su lira, la otra entona
Tus hermosas canciones,

Otra alaba tu ingenio y tu persona,
Otra imita tus sonos.
Otra corta laureles, y oficiosa,
Sobre su rica falda

Los teje con jazmin, con mirto y rosa,
Y forma una guirnalda;
La toma el dios; las vírgenes convoca;
Y haciéndolas patente

Lo dulce de tus versos, la coloca
Sobre tu jóven frente.
Y la Fama, con trompa resonante,
Por el ligero viento

Publica á todo el orbe en el instante
Tu singular talento.
Prosigue sin cesar, amigo mio,
Tu canto concertado,

Pues del que en Pindo tiene señorío,
Estás ya coronado.

Á DON FERNANDO CAJIGAL.

Cuando la lira del crinado Apolo
En el Olimpo sacro resonaba
En alabanza de la gran victoria
De Dodoneo;

Cuando sus cuerdas, con primor pulsadas,
De la Tritonia Pálas y Mavorte
La armada diestra y el impulso fuerte
Engrandecían;

Cuando de verde lauro coronadas
Sus blancas sienes y cabellos de oro,
Con ecos dulces y armoniosos trinos
Su voz sonaba;

Su arrebatado curso paró el ciclo,
El mar instable refrenó su furia,
Los raudos vientos fueron halagados
Con su cadencia.

Sísifo libre del peñasco vióse,
Que de los hombros le rodó al instante;
Estremecióse, con el golpe horrendo,
El Aqueronte.

Detuvo el buitresu encorvado pico,
Dejó de Ticio las entrañas duras;
Tocó las aguas Tántalo; paróse
De Ixion la rueda.

El can trifauce suspendió el ladrido,
Y las culebras que á las tres hermanas
De crencha sirven y de adorno infausto,
Se adormecieron.

El gran senado de los altos dioses
Oye gustoso su apacible acento,
Y le rodean con silencio sumo
Las diosas bellas.

Allí está Vénus con Cupido al lado,
Allí Minerva, de armas revestida,
Allí está Juno con real corona,
Allí están todas.

También los dioses, que en los claros rios,
En las floridas y enramadas selvas,
O en las montañas su palacio tienen,
Oyen atentos.

Y cuando todos con murmurio dulce
Están batiendo las divinas palmas
Por el contento que les causa el canto
Del rubio Cinto,

El dios del Duero, que lo escucha todo,
Del rico asiento con viveza salta,
Y al punto, en medio de la junta excelsa,
En pié se pone.

Del cuello aparta su húmedo cabello,
Entretejido de espadañas y ovas,
Y aquel rocío que continuo mana,
El suelo riega.

Muestra la barba, venerable en canas,
Con ojos vivos lo rodea todo;
Atencion pide con la mano y boca

Una y mil veces,
Y como el trueno, que en cavernas hondas
Va resonando con furioso estruendo,
Su voz empieza, y al momento todo
Suspense queda.
Hijo glorioso de la gran Latona,
Con tu canora música admirable
Al cielo y tierra y al Averno oscuro
Has suspendido.
Y, despojado de su ceño Marte,
La lanza arrima con que activo supo
Rasgar el pecho vedijado y fuerte
De Oromedonte.
El que llenaba de pavor y espanto
A los gigantes, se apacigua ahora
A tus acentos con mayor presteza
Que á los de Vénus;
Mas aunque sean tus divinos cantos
Un iman dulce de los corazones,
Y aunque merezcan retenerse siempre
En la memoria,
Vendrá algún día que no sean tales,
Si los comparas con los de aquel joven,
Que en las orillas de mi manso río
Irás cantando;
Aquel Fernando Cajigal, guerrero,
Honor de España, de Vizcaya lustre,
Del Pindo asombro, cuya voz cadente
Te dará envidia.
Yo veo, Apolo, que las duras fieras
Lamen sus manos y sus plantas besan,
Veo inclinarse de árboles erguidos
Las altas copas;
Veo á la Cipria, que al oírle salta
Del carro de oro, que los cisnes deja,
Y con abrazos amorosos cífie
Su blanco cuello;
Veo á las ninfas que le arrojan flores
A manos llenas, y á las Musas veo
Que le coronan, y de tu cabeza
El lauro arrancan;
Veo á la Fama preparar su trompa,
Veo á los vientos extender sus alas,
Y encima de ellas por el mar y tierra
Llevar su nombre.
Haced, oh cielos, que se acerque y venga
Ese felice deseado tiempo,
Haced los años caminad veloces;
Hacedlo, oh cielos.
Óyelo, Jove, su razón afirma,
Retiembla el techo del celeste alcázar,
Y Pitio, lleno de rubor y espanto,
Su faz oculta.

Á BELISA.

Belisa, ¡cuán hermoso
Es ver de rubias mieses coronado
Un terreno espacioso,
De arbustos rodeado
Y flores olorosas esmaltado!
¡Cuán dulce el arroyuelo,
Que con curso apacible retorcido
Riega el ameno suelo,
Y halagando el oído,
Convida al sueño con su lento ruido!
¡Cuán gracioso parece
El pájaro en el árbol ir saltando,
Que en la rama se mece,
Y que está requiebrando
A su amada, canciones entonando!
¡Cuán grato es ver hinchadas
Las velas de un convoy muy numeroso,
Y que las aceradas
Proas al mar furioso
Dividen con un surco prodigioso!
Pero más lisonjero
Que el campo, que el arroyo, más que el ave,
Más que el convoy ligero,
Y á mi alma más suave,
Es gozar de tu pecho, que amar sabe,

Y en tus brazos preciosos
Hallar todos los gustos réumidos;
Esos gustos sabrosos,
Y tan apetecidos,
Que adormecen al punto los sentidos.

Á DRUSILA, POETISA.

«¡Qué mortal con acento delicado
Y bien templada lira
Tan dulcemente su pasión suspira,
Que penetra su voz el estrellado,
Y hace que se suspenda
Toda esta compañía y que la atienda?
» Dioses, ¡por qué dejais las anchas copas,
Y así el néctar vertido?
¿Quién de la excelsa silla os ha movido?
¿Por qué, agitadas las licientes ropas,
Correís á los balcones,
De donde se ven todas las naciones?
» ¡Qué oís! Decid, ¡qué délfica armonía
Encanta vuestro oído?
¿Qué verso singular desconocido
Se entona allá en la tierra en este día,
Para que arrebatados
Os dejéis los manjares comenzados?
» La cítara de Aníon y la de Orfeo,
Pulsadas con destreza,
Amansaron del Ponto la fiereza
Y la mansion horrible, donde el reo
Gime en dura cadena
Y sufre por su crimen justa pena.
» Pero nunca pudieron los acentos
De miseros mortales
Agitar las techumbres celestiales;
Ni cansar tan activos movimientos
En la región dichosa
Donde nunca hay pesar, la paz reposa.
» Ni Homero con su trompa resonante,
Ni Píndaro elevado,
Ni Virgilio con canto arrebatado,
Ni Horacio grave, ni Nason amante
Lograron tal ventura.
¿Pues quién es tan felice criatura?
» Así Júpiter habla; se levanta
De la celeste mesa;
Mas ¡qué extraña emoción y qué sorpresa
Tan grande! ¿Qué, deidades, os espanta?
¿De qué ese asombro nuevo?
¿Quién os inquieta? ¿Qué os presenta Febo?
» El rubio Febo en las etéreas salas,
De resplandor cercado,
Entra, y Drusila le acompaña al lado,
Que en vez de ricas y pomposas galas,
Su lira lleva sólo,
A la que envidia tiene el mismo Apolo.
» Entre los inmortales eminentes
Toma seguro asiento,
Y estando á sus razones todo atento,
Empieza: «Dioses, ved aquí patentes
Las gracias que han tenido
A todo el sacro alcázar suspendido.
» Esta joven, que el Darro en su ribera
Arrulló cariñoso,
Que el claro Manzanares vió gozoso
Crecer en hermosura, en la pradera
Que baña el Nise estaba,
Y su cantar en torno resonaba.
» Al escuchar su acento sobrehumano,
Del Parnaso descendiendo,
Y el blanco cuello con amor cífiedo,
Orlo sus sienas por mi propia mano
De laurel escogido,
Con oloroso mirto entretejido.
» Las Musas, que lo vieron, se llenaron
De admiración y celos;
Pero, mirando atentas mis desvelos,
Su mérito y mi afán luego ensalzaron
Con mil tonos diversos,
Acompañando sus graciosos versos.
» Con ellas vino Anacreonte anciano,

Que tierno la abrazaba,
Y con trémulos dedos la alargaba,
Ya el vaso, ya la lira, cortesano;
Ella el licor bebía,
Y con él en el canto competía.
» Sobre todo, si acaso de Feniso
Pintaba los amores;
Si expresaba del pecho los ardores,
O mostraba el afán con que le quiso;
Porque ella solamente
Puede explicar de amor la llama ardiente.»
» Calla Febo, y Minerva al punto exclama:
«Oh Drusila querida,
En quien la gracia y el candor se anida,
Mi fino corazón te admira y ama,
Porque, de error exenta,
El trato de los sabios te contenta.»
» Poniéndose en pié Marte de repente,
Grita: «Ninguno puede
Quererte como yo, nadie me excede;
Porque sólo á mis hijos dignamente
Aprecias, y sólo ellos
A tus piés rinden con placer los cuellos.»
» Mas Vénus, imprimiendo los rosados
Labios en su alba frente,
«Hija mía, la dice, no consiente
Mi amor que otros quieran obstinados
Llevar la preferencia,
Porque estimas las armas y la ciencia.
» ¿A quién, Drusila, debes ese fuego
Que lanzas por los ojos?
¿Por quién son tan continuos los despojos?
¿Por quién de tanto amante oyes el ruego?
¿Quién el pecho te inspira,
Y por quién pulsas con primor la lira?
» Ese verso, á los juegos destinado
Que tu voz dulce entona,
No te lo dió la fuente de Helicón;
Solamente mi afecto te lo ha dado,
Cuando, de amor tocada,
Te hallaste de entusiasmo penetrada.
» Quien entra por mi mano en el Parnaso
Consigne eterna vida;
No logra el tiempo verla consumida,
Que Apolo la defiende en todo caso;
Porque en el verdadero
Poeta ha de vivir amor primero.
» Prueba su razón Cintio al momento;
En las mesas sagradas
Las suaves viandas preparadas
Siguen gustando, llenos de contento,
Y brindan á la musa,
La que ni el cáliz ni el manjar rehusa.
» Y probando aquel néctar soberano,
Se inflama su garganta;
Su dicha celestial en verso canta
Con recio soplo, estilo más que humano,
Y devuelve su acento
La bóveda inmortal del firmamento.
» Prosigue, pues, Drusila, coronada
Del dios que manda en Delo;
Alza cada vez más tu presto vuelo
Para ser de los hombres admirada,
Y que tu patria tenga
En tí quien su saber y honor mantenga.
» Prosigue, que las Musas algún día,
De tu voz penetradas,
Te llevarán con gusto á sus moradas,
Y como en todas logras primacía,
Serás de ellas cabeza;
Que hasta Febo te cede en la destreza.

ILUSIONES DE UN ENAMORADO.

Quando la aurora con risueña cara
Abre las puertas del dorado Oriente,
Y presuntamente de su luz se ahuyentan
Las densas sombras,
El prado y monte su verdor demuestran,
Crian mil visos las pintadas flores,
Dan mil olores las fragrantés plantas

Al aire puro,
La fuente ríe, los corderos saltan,
Braman los toros, del amor instados,
Y en los copados árboles entonan
Las avecillas.
Todo lo miro, lo comparo todo
A los placeres que mi pecho siente
Cuando presente tu hermosura tengo,
Dulce Drusila.
Y tan diversos de los míos se hallan
Los que en el campo derramó natura,
Como en figura y en gracejo el alba
De tí diñere.
Mas cuando llega con horrible rostro
La negra noche, que terror infunde,
Cuando confunde con su oscuro manto
Al rico y pobre,
Entonces viene tu adorada imágen,
Y ocupa toda mi atención, pues veo
Cuanto el deseo y el deleite ofrecen
Al que es sensible.
Con tus palabras regaladas llenas
De un gozo puro mi constante pecho,
Y con estrecho y amoroso lazo
Mi cuello enlajas.
Pues ¡qué fortuna con la mía iguala?
Ni ¡qué delicias se han de hallar mayores,
Si mis amores sin zozobra gozo
Mañana y noche?
Mas ¡ay! que luego mi ilusión se borra;
Huyen los gustos que gozar pensaba;
Todo se acaba, y al mirar mi engaño,
En llanto rompo.

Á UNA INGRATA.

Con el duro martillo
Sus fraguas hace resonar Vulcano;
El cícope amarillo
Con la nerviosa mano
Ase el hierro que labra el dios ufano.
» Crece el fuego, y arroja
Chispas al soplo del robusto herrero,
Rociale, y cual roja
Brasa pone el acero,
Que, templándole así, queda ligero.
» Trabaja, porque quiere
Forjar al punto un rayo penetrante.
¡Infeliz del que fuere
La víctima! Al instante
Será en ceniza vuelto cual Mimante.
» Acaso contra el cielo
Van montes sobre montes colocando
Los hombres con anhelo,
Y con furor infando
La titania locura renovando?
» No armar quiere su diestra
El supremo Tonante, que amoroso
Su rostro al orbe muestra;
Cupido es quien furioso
Pretende perturbar nuestro reposo,
Sus flechas ha deshecho,
Y este rayo previene enardecido
Contra un ingrato pecho,
Que el lazo ha destruido
Que atado le tenía y sometido.
» Si contra tí su furia
Se dirige? ¿Si acaso querrá ahora
Vengarse de tu injuria?
Sí, porque una traidora
Mueve de un dios la mano vengadora.

RESPUESTA Á UN ELOGIO.

Oh tú, que pulsas con marfil agudo
La cítara sonante, y cual Orfeo
Suspendes la corriente del Leteo,
Y cuanto arrebatar su dicha pudo,
Tal dulzura en tí veo,
¿Por qué la gracia por Apolo dada,

Y á pocos de los hombres concedida,
La empleas de esta suerte sin medida
En una criatura desmedrada,
De nadie conocida?
¡Qué merece Feniso, un pastorcillo
Que al campo da su voz con blanda avena,
Que sólo gustos, sólo amor resuena,
Y es todo cuanto dice tan sencillo
Como su alma serena?
Ese tono grandioso, esos loores,
Con que al cielo levantas tu armonía,
Asustan á la humilde musa mía,
Que, como sólo trata de las flores,
Del lauro desconfía.
Vuelve, vuelve tu acento soberano
A asuntos más sublimes y gloriosos;
A los héroes celebra victoriosos,
Que aumentan el honor del suelo hispano
Con sus hechos famosos.
Panzacola rendida, la altanera
Mahon por los cimientos derribada,
La soberbia de Argel tan humillada,
Que de rodillas ya la paz espera,
Que antes fué despreciada;
La sangre generosa que vertieron
Los iberos en ellas, su ardimiento,
Su fama, que se eleva al firmamento,
Cuanto sus corazones emprendieron
Con desusado aliento,
Es sólo lo que debe ser cantado
Por tu voz sonora, porque Homero
Para Aquiles nació; sólo al guerrero
Leer puede el poeta consumado
Con tono duradero.
Mas si quieres que Apolo preste oído
A tus métricos sonos, canta, canta
Al jóven que del suelo se levanta
Con un tono hasta ahora no aprendido,
Y á todos se adelanta.
Canta, pues, de Batilo, cuyos labios
Destilan miel y leche, y cuya lira
Celebra hazañas y de amor suspira,
Y á los hombres más grandes y más sabios
Con sus versos admira.
Mas ¡qué mucho si Febo le concede
El asiento más alto del Parnaso,
Anacreon le brinda con su vaso,
Tibulo con su flauta, y cuanto puede
Le estrecha Garcilaso!
Pues ¡qué mortal tan necio, tan osado,
Empleará su voz en quien no sea
El sabroso Batilo? No se crea
Que no estás de su acento penetrado,
Y muda ya de idea.
No alabes los humildes; tu instrumento
Con nombres generosos haz que suene;
Que sólo á voz que tanta gracia tiene,
Y á plectro manejado con tal tiento,
Lo grande le conviene.

LA INCONSTANCIA.

Á UN AMIGO.

Baja la nieve fria
Del alto monte, en agua desatada,
El verde suelo cria
Flores, y embalsamada
Deja la aura su esencia delicada.
El céfiro suave
Se mece entre las hojas blandamente,
Suelta su voz el ave,
Y la parlera fuente,
Susurrando, apresura su corriente.
La madre Citerea,
Cercada de las ninfas más hermosas,
Danzando se recrea;
Mas ántes oficiosas
Orlan sus sienes de arrayan y rosas.
Diana, fatigada
De la caza, se mete en la espesura,
Y despues de bañada

En una fuente pura,
Al ciervo vividor matar procura.
Así la primavera
Viene, y así se acerca el seco estío,
Y con planta ligera
Llega el invierno frio,
Que también se nos huye con desvío.
Todo pasa; firmeza
No se puede encontrar en cosa alguna;
A Febo con presteza
Signe la opaca luna,
Y la adversa á la próspera fortuna,
Pero en esta inconstancia
Tiene Naturaleza colocada
Aquella consonancia,
Que al hombre tanto agrada,
Porque está de mil modos expresada.
Aquí un monte elevado,
Un hondo valle allí, y allí una vega;
Más allá, desatado,
Un arroyo la riega,
La flor salpica y con las guijas juega.
En otra parte un río
Con espantoso ruido se despeña,
En otra un bosque umbrío,
O una desnuda peña,
Que del fruto de Ceres se desdeña.
Adelante aparecen
Inmensos llanos, tierras arenosas,
En donde, cuando crecen
Las olas espumosas,
Muchas leguas se meten presurosas;
Pero una dura roca
Detiene aquí el furor del mar airado.
¡Cuán en vano la choca!
¡Cuál gime alborotado!
¡Y cuán inútil es todo su enfado!
Así naturaleza,
Que ha fijado el deleite lisonjero
En la acción y viveza,
Con incansable esmero
Diversificó sábia el orbe entero.
La mayor hermosura,
El sonido más dulce y armonioso,
La fragancia más pura,
El manjar más sabroso
Y el tacto más suave y delicioso,
Si siempre permanece
De una suerte, si en nada se varía,
La fibra se entorpece,
El deseo se enfria,
Y el objeto mejor fastidio cria.
Porque en el movimiento
Y en un continuo remudar de idea
Se halla aquel sentimiento,
Que gustos acarrea
Más que frutos el cuerno de Amaltea.
Pues no de otra manera
Sucede, Filemon, con la constancia
Del amor; persevera,
Prosigne con instancia,
Y vuélvete en lo firme otra Numancia;
Verás qué displicencia
En tu interior percibes, si primero,
Falto de resistencia,
El mismo paradero
No buscas que aquel pueblo noble y fiero.
Mas si continuamente
Truecas de objeto, mudas de terneza,
Será tu amor ardiente,
Tendrá delicadeza,
Y no caerá nunca en la tibieza.
Corre en pos de la activa,
No dejes la de lánguido semblante,
Préndate de la esquiva,
Adora á la arrogante,
Con ninguna te pares; sé inconstante,
Si de diversas suertes,
De las más delicadas impresiones
Pasas á las más fuertes,
Y así las contraponas,
Lograrás agradables sensaciones,

Feliz tú si al momento
La copa del placer gustar procuras,
Y con labio sediento
Sus ansiadas dulzuras
Con inconstante corazón apuras.

LA AMISTAD.

Á DON ANDRES DE MENDOZA.

Quando en infausto dia
El hombre abrió la caja de Pandora,
Así cual se desvia
Del arco la saeta voladora,
Se esparcieron los males
Para afligir á todos los mortales.
Entónces de los dientes,
Por el gran hijo de Agenor sembrados,
Salieron combatientes
Sobre la haz de la tierra denodados,
Y en sangre la bañaron,
Que de sus propias venas derramaron.
Seguros no estuvieron
Los padres de los hijos, ni tampoco
Estos les mantuvieron
El amor paternal: dígallo el loco
Furor del duro Oréstes
Y el banquete horroroso de Tréstes.
Por la anchurosa tierra
Se iban las desventuras propagando,
Y en continuada guerra
Los hombres mutuamente destrozando,
Quando en el firmamento
Se oyó de tanto misero el lamento.
La amistad (que con lazos
Suaves cual la esencia de la rosa,
Añudaba los brazos
De Juno altiva y de la Cipria hermosa,
Haciendo que olvidadas
Las iras por la poma suscitadas,
Alegres se brindasen
Con un fragante néctar escogido,
Y, despues que apurasen
La copa muchas veces, adormido
El cuello reclináran,
Y en brazos de Morfeo se quedáran),
Ante el trono eminente
Del supremo Tonante arrodillada,
Le pide humildemente
Que la deje bajar acelerada,
Para que por su mano
Reciba alivios el linaje humano.
«Yo, yo, la Amistad dice,
Pondré freno á la furia de Belona,
Y habrá quien por felice
Se tenga con la muerte, si corona
Con ella la fe ardiente
Que á su amigo mostró constantemente.
» Las agudas dolencias
Que el arte de Esculapio no disipa,
Las duras inclemencias
Que el rigoroso invierno multiplica,
Los golpes que, importuna,
Descarga de continuo la fortuna,
» Serán aniquilados
Á los ojos de aquellos que me sigan,
Porque con mis cuidados
Todas las pesadumbres se mitigan,
Y no hay delicia pura
Si mi dulce candor no la asegura.»
Si: Jove le permite
Que fije entre los hombres su morada;
Pero nadie la admite;
Es de todos con mofa despreciada,
Mas ¡ay! sin duda al cielo
Volverá, huyendo del ingrato suelo.
No: tu sensible pecho
La alberga cariñoso; en tí, Mendoza,
Vive con lazo estrecho,
Porque en tí la virtud también se goza;
Que sólo rénnida
Con ésta se halla la amistad cumplida,

EL LUJO.

Á DON JUAN PABLO RIQUELME.

Riquelme, ¡cómo quieres
Que nuestra juventud, debilitada
Con indicos placeres,
Se presente á la lid con frente alzada,
Ni que sea domada
La bélica osadía
Del bruto corredor que el Bétis cria?
El grave arnés no puede
Sostenerse en sus hombros vacilantes;
La débil mano cede
Al peso de las armas fulminantes;
Cargada de diamantes
Y asiáticos olores,
Tiembla y desmaya al són de los tambores.
Los que hasta el Capitolio
Con su constancia estremecer hicieron;
Los que un eterno sólio
Sobre montes de cuerpos construyeron;
Los que al fin deshiciéron
La bárbara cadena
Labrada por la furia sarracena,
Con seda relumbrante
Sus vigorosos miembros no adornaban,
Ni de tierra distante
Con su riqueza al lujo convidaban,
Porque sólo brillaban
Con mucha más belleza
En ellos la virtud y fortaleza.
Sus mesas no se vieron
De tabasca pimienta salpicadas,
Ni jamás trascendieron
Con maluco girofle; que ignoradas
Eran las celebradas
Salsas con que el dinero
Y el cuerpo nos consume el extranjero.
Tampoco la olorosa
Canela de Ceilan se introducía
En la pasta sabrosa
Del árbol caraqueño (1), como hoy día;
Nada, pues, se sabía
De estos frutos, que han sido
Los que nuestra salud han destruido.
Su estómago robusto
Con jugoso jamon se contentaba;
El ajo daba el gusto,
Y la sana cebolla lo excitaba;
Su sed se apaciguaba
Con un tan virgen vino
Como el que para sí Noé previno.
Mas nosotros, perdido
Todo el vigor, y el ánimo apagado
(Que otro tiempo, encendido
Un mundo á nuestros piés puso postrado),
Verémos destrozado
Con duro desconsuelo
Por manos más robustas nuestro suelo.
¡Ay Dios! No permitamos
Que la patria se vea de esta suerte;
Con ardor destruyamos
La vil gula, que enerva el pecho fuerte;
Y lancemos la muerte
Allende de los mares,
Volviendo á nuestros rústicos manjares.

Á LA ABERTURA DE UNA SOCIEDAD DE AMIGOS PARA APRENDER LA HISTORIA DE ESPAÑA EN JEREZ DE LA FRONTERA.

¡Ay! Si Apolo me hubiera
La cítara lesbiana concedido
Y en el pecho sintiera
Hervir con llama ardiente
El pítico furor, ¡cuán atrevido

(1) ¡Cosa singular! El CONDE DE NOROÑA, que á veces lleva la llaneza del estilo hasta el más vulgar prosaismo, no se atreve aquí á llamar el chocolate por su nombre, y prefiere emplear un afectado circunloquio. (Nota del Colector.)